

La educación política de un antiguo izquierdista

VÍCTOR M. GODÍNEZ

Solidaridad internacional, aceite de oliva y existencialismo

Son los años sesenta. El antiimperialismo y el fervor revolucionario están a la orden del día en la periferia del mundo capitalista. El gobierno cubano, en la vanguardia de las luchas, regala al gobierno de Argelia (cuya cabeza, Ben Bela, acaba de ser derribada por un cuartelazo del coronel Bumedian) diez mil toneladas de azúcar que serán reexpedidas a la China de Mao TseTung. A cambio del producto, el gobierno del Gran Timonel entregará, para ser remitidas a la guerrilla venezolana, ciento veinte toneladas de armamento estadounidense capturado en la Guerra de Corea. Osvaldo B., un antiguo profesor de sociología de la Universidad de Caracas y activista del FNL de su país, está exiliado en Argelia y es el encargado de hacer llegar a su destino tan preciado lote. Para ello crea la compañía comercializadora L'Huile Jujura, cuyas barricas de aceite de oliva, que en realidad contienen el armamento, son embarcadas a su destino en sucesivas remesas de exportación.

Como otros muchos hombres de izquierda latinoamericanos, Osvaldo es un activista con inclinaciones intelectuales y no debe extrañarnos que sea aficionado al existencialismo y lea regularmente *Les Temps Modernes*, en cuyo número más reciente se publica un texto intitulado "El castrismo o la larga marcha de la América Latina". En el curso de una conversación con el comandante Guevara, que está de paso por Argel, y con el objeto de esquivar sus regaños ("¡Un revolucionario nunca tiene vértigo!", ordena el Ché cuando el venezolano confiesa haber sufrido un ligero vahído subiendo a una pirámide egipcia), Osvaldo muestra la revista al jefe guerrillero, quien acto seguido se la apropia. De las consecuencias ulteriores de este acto, el autor de aquel texto sobre el castrismo cree, treinta años después, que apenas empieza a reponerse.

El azar y la biografía

Y es que esta serie de encadenamientos azarosos culmina cuando, de regreso a Cuba, el Ché hace traducir el artículo en cuestión para Fidel Castro, que no lee el francés. Este se interesa de inmediato en el autor y, atraído tal vez por su descripción de las ventajas de la guerrilla rural sobre la urbana, busca traerlo a La Habana. Consciente del beneficio político de que un intelectual europeo elabore la versión cubana de la teoría de la guerra de guerrillas —o como dice Vargas Llosa, que la ponga "en prosa clara y coherencia cartesiana"—, el comandante aprovecha la inminente apertura de la Conferencia Tricontinental, a la que nuestro autor acudirá como invitado personal del todavía joven, carismático e irresistible jefe revolucionario del Caribe.

El invitado personal de Castro es un profesor de filosofía recién graduado y casi desconocido. Su nombre es Régis Debray. En 1965, cuando todo esto está ocurriendo, acaba de obtener, con todos los honores, la cotizada calidad de *agregé* en filosofía. Su trayectoria es impecable: egresado del liceo parisino Louis-le-Grand, ingresó en 1960, siendo el primer lugar en el concurso, a la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm. Es éste un itinerario clásico que antes fue recorrido por un número impresionante de prohombres de las ciencias, las letras, las humanidades y la política de Francia desde la fundación, en 1794, de la ENS. Los nombres de Taine, Bergson, Painlevé, Pasteur, Jaurés, Rolland, Blum, Péguy, Giraudoux, Aron, Sartre, Maheu, Merleau-Ponty, entre otros muchos igualmente ilustres, se encontrarán sin falta en toda nómina que rinda cuentas de los miembros de la élite política y cultural francesa que se formaron en sus aulas. Este prestigiado establecimiento académico está desde 1945 bajo la influencia creciente de la izquierda. A la mitad de los años sesenta su Salón de Actas cobija un seminario extracurricular ("estratégico" lo llaman los asiduos) sobre cómo leer *El Capital*. El conductor del seminario es el profesor Louis Althusser. Los jóvenes asistentes, entre ellos Debray, conforman un singular círculo de extrema izquierda en el que confluyen casi todas las vertientes políticas que van a florecer en mayo de 1968 y a emprender, posteriormente, en nombre de una crítica del comunismo tradicional, una activa "agitación de masas".

Si bien el acceso directo de Debray al círculo de los allegados de Fidel Castro pudo ser hasta cierto punto fortuito, su corta biografía política e intelectual lo destinaba, venida la oportunidad, a engancharse con facilidad en una revolución en curso. El paso desde la ENS y desde el seminario althusseriano a la realidad (o, en el lenguaje propio del militante, de la teoría a la praxis) parece haberse dado, en su caso, sin problemas. "A diferencia de mis camaradas del seminario —nos asegura—, la Historia por procuración no me decía nada." Además, añade, "el poder al cabo del concepto me parecía seguir siendo una Historia en dos tiempos, cabeza

y piernas, breviario y fusil. Envidiaba a quienes habían sabido combinar en la realidad tinta, sangre y aperos de combate. De esta manera, su viaje a la Conferencia Tricontinental ya no tuvo regreso y, sin demora, fue ungido por la plana mayor de la revolución cubana como uno de los máximos exponentes de la teoría del foco guerrillero.

El itinerario político ulterior de Régis Debray es conocido. Después de un corto periodo de esplendor turístico en el Hotel Habana Libre, el antiguo Hilton, recibió el entrenamiento requerido para formar parte, en tierras bolivianas, de la trágica y postrera expedición militar del Ché Guevara. Estuvo cautivo en la prisión de Camiri hasta diciembre de 1970. A su regreso a Cuba y Francia pasó por Chile, que entonces vivía bajo la esperanzadora efervescencia del gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende. Y fue precisamente Allende quien, por medio de una carta personal, introdujo a Debray con su amigo Francois Mitterrand, quien acababa de ser elegido secretario general del Partido Socialista en el célebre congreso de Epinay. Una década más tarde, cuando Mitterrand fue por fin electo presidente de Francia, Debray ingresó con él al Palacio del Elíseo como uno de sus más cercanos consejeros —aunque, según afirma, sus "consejos" hayan sido, en realidad, muy poco considerados por el mandatario. Unos años después, el mismo Mitterrand promovió su ingreso al Consejo de Estado, institución de la que Debray fue miembro activo hasta 1988, cuando solicitó una licencia que se prorrogó hasta 1992, año en que finalmente renunció a ella.

Este itinerario político de casi treinta años se acompaña de una copiosa suma de escritor. Debray ha publicado cerca de diez libros de reflexión filosófica, otros tantos sobre asuntos políticos y una docena de novelas y relatos. Aunque no toda su obra escrita es testimonial, los temas de sus libros están irremediabilmente vinculados con sus experiencias políticas. Este nexo es la esencia del más reciente de ellos, *Alabados sean nuestros señores*¹ larga narración escrita en clave de memoria reflexiva en la que Debray contempla su andar al lado de un pequeño pero muy selecto número de hombres políticos de la segunda mitad del siglo veinte.

La separación del militante

Debray es un personaje controvertido y sus escritos siempre despertaron suspicacia —sobre todo en los círculos de la izquierda independiente. A principios de los años ochenta, Jorge Semprún (*Montand. La vie continue*, 1983) calificaba los textos de Debray como un conjunto "sorprendente de fetichismo conceptual compuesto de pragmatismo y cinismo políticos". Es probable que la severidad de estas opiniones se haya matizado bajo el peso de los cambios ocurridos en los últimos tres lustros en el entorno ideológico general y en las posturas políticas y las biografías intelectuales del nutrido grupo de pensadores, hombres de letras y artistas de Europa y América Latina que en los años sesenta profesaron al castrismo entusiasmo y amistad. En todo caso, Mario Vargas Llosa, ahora defensor del liberalismo radical, dice (*El País*, 17 de noviembre de 1996), refiriéndose a *Alabados sean nuestros señores*, "hace tiempo que no leía un libro con tanto interés y placer"; y no obstante sus discrepancias "a cada paso" con el autor, llega a recomendar su lectura "sobre todo a quienes en estas últimas tres décadas participaron de, o siguieron de cerca, las ilusiones, frustraciones, grandezas y miserias de la historia contemporánea".

La finalidad de Debray no es simplemente evocar sus relaciones con ciertos personajes clave de la izquierda política latinoamericana y francesa, sino hacer la crónica, como se advierte en el subtítulo del libro, de *una educación política*: la suya. A esta evocación explícita de Flaubert se añade un cierto tributo a Brecht. Y es que la escritura de este texto está sometida a una necesidad de distanciamiento con los señores del poder a cuya sombra nuestro autor se hizo, sucesivamente, precoz doctor en ciencias de la revolución en la periferia del mundo industrializado, guerrillero en tierras latinoamericanas, experto del Palacio del Elíseo en cuestiones del Tercer mundo y guardián de la institucionalidad de la República francesa. En el origen de tal necesidad hay sin duda motivos vinculados con las mutaciones ideológicas y políticas de Debray, con su tránsito, primero, del extremismo revolucionario a la socialdemocracia y, después, hacia cierto republicanismo gaullista. Pero debe decirse que, en ello, también hay un sincero afán intelectual de reflexionar libremente, lúcidamente, sobre el proceso personal de *desincorporación* política: en su caso, el rompimiento del cordón umbilical que lo unió a sus tres "señores" (el Ché Guevara, Fidel Castro y Francois Mitterrand). Proceso complejo que, según Debray, es análogo al de la transfiguración de un trance de intenso amor en mera desenvoltura: el paso de la abnegación y la simpatía al resentimiento y luego a la indiferencia. Así entendida, la historia política de Debray o, mejor dicho, la historia de sus estrechas relaciones políticas con tres "monstruos sagrados" de la izquierda, es como un pequeño equivalente de la historia del amor de Charles Swann por Odette de Crécy (en *A la recherche du temps perdu* de Marcel Proust). Como éste al final de

la aventura, nuestro autor parece exclamar: "¡Y decir que malgasté años enteros de mi vida (...) en una mujer que no era de mi tipo!"

Dice Debray que la extinción del amor es algo más difícil de explicar que su génesis: "nuestras rupturas no son menos irracionales que nuestros deslumbres"; y añade: "el fin de una historia de amor con una capilla, una banda, un partido o un hombre es para nosotros infinitamente más brumosa que su surgimiento". ¿Cómo se deja de pertenecer a un grupo? Según él, a través de un vaivén de bruscos alejamientos y ardorosos regresos, hasta abandonar el delirio inicial por medio del contagio de otro. ¿Cuánto tiempo lleva el desprendimiento? Es un proceso lento: Debray confiesa que, en el caso de los comandantes revolucionarios, disipar la bruma le tomó una buena decena de años (retardo, añade, del que no está orgulloso). ¿Qué queda después de una separación? En primer lugar, "el estupor de haber amado". Y –al menos en su experiencia política– la molestia, la incómoda impresión de haberse ido disimuladamente.

Historia personal de una generación

Alabados sean nuestros señores es un juego de espejos que proyecta los tropiezos de una vida en cuyas múltiples imágenes muchos lectores reconocerán, casi siempre con malestar, sus propios desaciertos y deslices. Es un viaje por la conciencia de un cincuentón (bien enfilado ya a la decena siguiente) para explorar los ásperos pasajes de un laberinto cuyo recorrido de regreso suele estar plagado de fingimientos, justificaciones, distracciones deliberadas y autoconsideración: el laberinto de las adhesiones exclusivas a una causa o a un jefe políticos y de la ulterior escapatoria. Para emprender este recorrido, Debray hace una verdadera microcirugía del entusiasmo y su transfiguración en tristeza política, y advierte desde el inicio que está lejos de tomarse a sí mismo como un testigo clave de grandes acontecimientos. Después de casi seiscientas páginas, el lector agradece el cumplimiento de este propósito: gracias a ello el texto carece de solemnidad, y la pedantería tan frecuente en estos casos, es eficazmente expulsada de la narración.

A diferencia de los memorialistas tradicionales (y ya sabemos que los hay magníficos, como Casanova, cuyas *Memorias* fueron admiradas, entre ellos, por Sainte-Beuve), el autor de *Alabados sean nuestros señores* no intenta convertir los episodios que nos narra en una aventura feliz ni se entrega a la fácil y autocomplaciente tarea de realizar el "balance de una vida". Tampoco nos ofrece un espectáculo de autoflagelación. Simplemente traza, me parece que de una manera sincera, la memoria verbal de un auténtico final de juego. Y si bien se trata solamente de su juego (del que se declara "responsable, pero no culpable"), Debray aporta en estas páginas un testimonio sobre el destino poco glorioso de una generación de políticos e intelectuales de izquierda en Europa: la de quienes nacieron en la década de los años cuarenta y se formaron y emergieron a la política en el ámbito de la reconstrucción y el reordenamiento bipolar del mundo. Una generación, a juicio del autor, de "serie B" a la que la historia condenó a desempeñar sólo papeles secundarios porque los estelares ya estaban asignados: "La generación que tuvo veinte años en 1930 o 1940 nos fijó las claves y los motivos; la siguiente, la mía, bailó como un oso la música escrita por sus mayores. Administramos torpemente una cartera de clásicos inaccesibles a quienes volvimos banales y mitificamos." ¿Y quiénes son esos "clásicos inaccesibles"? Los Blum, los de Gaulle, los Malraux, los Bernanos, los Camus y todos los otros personajes legendarios que ya a medio siglo, y casi siempre aún en vida, probaron poseer "destinos fuera de serie" que, según Debray, fueron groseramente parodiados por su generación. Con acrimonia nuestro autor describe, en este punto, algunos hechos estilizados de sus coetáneos. Que alguien "pase tres meses de detención provisional y evocará la eficacia de la tortura nazi" (...). En 1968 los policías antimotines devinieron verdaderos SS, tres botes de basura amontonados hacían una barricada y una granja en Ardèche una base roja o un nuevo Yunán. Las revistas denuncian cada mes un Holocausto, el fin de semana nuestros intelectuales franquean el Ebro en Sarajevo, mientras estigmatizamos un Munich de la educación y esperamos la constitución de un tribunal de Nuremberg para la sangre contaminada. Se afronta el 'Apartheid' en la periferia de las ciudades, los ideólogos se tratan de colaboradores y de empleados de la *Propagandastaffel*, en tanto que los más audaces entran en resistencia..."

El juicio de Debray sobre los hombres de acción y los intelectuales de izquierda de su generación, sobre sí mismo, es duro. Quisieron cambiar el mundo y terminaron de comparsas de quienes querían, simplemente, poseerlo. El destino que Debray describe de su generación se asemeja al trazado por José Bianco para Rufino Velázquez, el héroe de su gran novela: aspiró ridículamente a sobrevivir en la memoria de los hombres y en la Historia, pero su mediocridad lo condenó a la incapacidad creadora, a la ausencia de originalidad. Como Velázquez, Debray y sus coetáneos también sufren el pesar de haber perdido un reino.

Galería del poder

Con su propio examen retrospectivo, Debray entrega a los lectores un fresco sobre algunos repugnantes aspectos del poder. Pero no de uno en particular, sino del poder en sí (en su versión autoritaria y en la democrática", como anota Mario Vargas Llosa), de la ambición de poseerlo, de sus perturbadores efectos en quienes lo detentan y lo persiguen, de la adulación, la petulancia y la frivolidad que lo rodean, de su sombra falsamente protectora. No hay aquí teorías ni denuncias —no es éste un libro académico ni de revelaciones escandalosas—, sino descripciones muy bien escritas y con una gran fuerza de revelación. Es probable que, para algunos lectores, este libro sólo tenga interés por su valor testimonial, por las cosas que en él se dicen: por mi parte, creo que ese interés también se funda en la manera de decirlas, en la forma que eligió el autor para su narración. Los diversos retratos que traza Debray de los "señores", de sus parafernalias, de sus fobias y bondades, de sus comedidos entornos, de las expectativas, tensiones y ajustes que produce en los otros su presencia real o virtual, a veces su mera evocación, son eficaces ilustraciones de las anomalías humanas que pueden generarse alrededor del fenómeno del poder. Pero a diferencia de un profesor ante su *corpus* de trabajo, el retratista no se interesó sólo en los hechos estilizados y más característicos de este fenómeno, sino, sobre todo, en aquellos que casi siempre son dejados a un lado por los profesionales del análisis político y que son precisamente los que forman el "micro clima" del poder.

Las semblanzas de Mitterrand, Castro y Guevara son hechas con mano diestra, pero la eficacia narrativa de estas imágenes no están en ello. Está en el espacio elegido por el autor para definir cada uno de sus retratos. En éstos, los señores son, a la vez, motivo central y pretexto de diversas representaciones del juego del poder. Y este juego es captado en su complejidad, con múltiples elementos. Es el caso, por ejemplo, del pasaje en que Debray narra una "arritmia caudillesca" en La Habana: "En las esferas de decisión, donde la iniciativa más anodina depende de su orden expresa, todo el mundo ajusta los relojes en función de las idas y venidas del Jefe, que son totalmente imprevisibles, de manera que sus retardos legendarios, amplificados por los de sus intermediarios, repercuten de arriba a abajo en la cadena de los activistas, minoría más expectante que de acción." Esta arritmia generalizada es el cimiento de una serie de juegos, como el de la entrevista, que se desarrolla en tres etapas. La primera comienza con la frase, dicha en voz baja por un funcionario casi siempre uniformado, "Fidel te quiere ver". La consecuencia: hay que estar localizable a cada instante. Segunda etapa: "Fidel te va a ver". Inmovilidad definitiva del interesado, suspensión de cualquier otro compromiso e inicio de una prolongada tensión nerviosa. Tercera etapa: algunos días o semanas más tarde, la voz anuncia "Fidel llega...". Anotación de Debray: "como el futuro indicativo de tal anuncio significaba la esperanza y no la probabilidad, su tiempo presente no era el de la comprobación sino el de la inminencia". Resultado: el desarrollo de los tres actos de la pieza puede tomar varios meses.

Miremos otro cuadro de esta poblada galería. Es el que podría llamarse "La primera ingratitud del Príncipe". La imagen inicial ocurre en los años setenta. A manera de pequeños círculos concéntricos, Francois Mitterrand, aspirante a la presidencia de Francia, fomenta la formación de "grupos mitterrandistas". El denominador común de los miembros de estos grupos es que todos creen formar parte del entorno más cercano del líder socialista, además de ser los teóricos e ideólogos del movimiento. Saben que ya están a un paso de los pasillos del poder, pero entre ellos todavía reina la buena fe: "la comunidad de ilusiones" apunta Debray, "hace la comunidad de individuos". En la imagen siguiente, Mitterrand acaba de ser elegido presidente, se encuentra en su oficina —cuya decoración aún conserva intacta la impronta gaullista— y exclama: "No reconozco ningún círculo de allegados." Es el momento terrible en que los consejeros, si son perspicaces, comprenderán que su mejor momento fue antes, no después de la victoria. Nuestro autor anota: "Los hombres de ideas son necesarios para el pretendiente, inoportunos para el ganador." Con su acto, el mandatario disuelve toda idea de grupo. No obstante, los amigos políticos serán incorporados si aceptan la condición que Mitterrand expresa de manera categórica: "Hay individuos que prestan su concurso, punto final." La conversión del compromiso político en favor personal se ha operado. En el caso de este mitterrandista de la "sexta hora" que es Régis Debray, se impone una conclusión: "En el fondo, desde el día en que comencé mi carrera oficial de consejero, el 21 de mayo de 1981, mi tiempo estaba ya contado. Yo no podía más que servir para los remordimientos de este taciturno, o para los puntos y comas de los discursos. Como él desdeñaba los primeros tanto como yo los segundos, nuestro arreglo no podía durar demasiado."

Observemos un último cuadro. Su título probable es "El canibalismo amoroso de los hombres de la sombra". Dejemos la palabra a su autor: "El creyente ama al jefe como a sí mismo y lo devora con la mirada. Ingestión a distancia que conduce a tener su tono de voz, a incorporar en el cuerpo sus gestos, sus arrugas, su forma de caminar. Vi el masticar mimético de una misma carne por mil bocas y mil ojos ávidos de engendrar, tanto en París como en La Habana, centenas de comandantes o, más tarde, de presidentes, réplicas menores del original, escoltándolo en círculos concéntricos, como las jerarquías de ángeles de rostro similar que rodean, en ciertos retablos flamencos, la figura del Padre. El poder, que es una enfermedad que no se transmite sexual

sino ópticamente, da lugar, así, a epidemias de imitación que se propagan a partir de un foco central: el Amado."

El mar de Valéry, las abejas de Diderot

¿Cuál es, en fin, para Debray, la moraleja de su larga educación política? Que, para liberarse efectivamente de los sortilegios del poder, se debe evitar el riesgo de escapar por la puerta del desencanto —la primera que se ofrece al antiguo militante de una causa, la más tradicional y, en nuestros días, tan frecuentada. "Un desencantado sigue siendo un buen cliente para los encantadores", asegura. Por lo tanto, también hay que romper con el desencantamiento y olvidarse de la amargura; de otro modo, solamente se incubaba una simple conversión o, a lo sumo, una nueva, la enésima, apostasía.

A la vuelta de treinta años, Debray se guarda hoy de hacer cualquier llamado en favor de otra "panacea del mañana", pero sabe que la política, como el mar, no conoce la quietud y que su oleaje incesante es el origen de una tentación inevitable y casi permanente de refundación —que es la materia prima de los encantadores. Una evocación del mar y su movimiento según Valéry ("perra espléndida en perpetuo recomienzo"), enmarca estas observaciones sobre los ciclos de la política: "cada ola, que nace de borrar la precedente, se ofrece a nuestros ojos con promesas de rejuvenecimiento (...); desde el fondo de la ola que está por expirar entusiastas animadores nos exhortan a reinventar la política, tan averiada en el último periodo (...). No se necesita remontarse muy atrás para dar a este ritual de 'reinventar', a los rituales renovados de la reinención crónica (siempre con 'un nuevo espíritu'), el ritmo pendular del eterno retorno".

A juzgar por el tono de su libro, Debray, desincorporado de la política y de sus señores, está lejos de ser un amargado. También parece estar curado para siempre de todo encantamiento. Tanto mejor para él y tanto mejor para la política. Ya lo dijo Diderot: "A la abeja que se va del grupo pronto la sustituye otra que, sin demora, se pone al corriente."

I Loués soient nos seigneurs, Gallimard, París, 1996.